

LOS CRONISTAS DE "LA VOZ"

RENTERIA EN LA LEYENDA Y EN LA HISTORIA

Episodios de la guerra civil.-El crimen del miquelete Arandía.-El cañón de la Torre.-Las cuevas y la «república» de Landarbaso.-«Jaungoiko-chiki», criminal, desertor, «guipuzcoano moro».-Por presidios y por carreteras.-Su huida á América.-Arrepentimiento y purificación.

VII

Meses antes de que estallara la última guerra carlista, los partidarios de uno y otro bando se mostraban los dientes y se dirigían reticentes amenazas, alusiones «á la que se iba á armar», pullitas é indirectas. En la plaza pública, en las tabernas, en la intimidad de la familia, cada cual despuntaba su oreja. Se bañaba algo gordo que, poco después, había de desencadenarse, furiosamente, por «quitar á uno para poner á otro». Liberales y carlistas contaban en Rentería con gente decidida á romperse mutuamente las costillas. Mi abuelo se inclinaba á los carlistas pero no se decidía á perder en su honor una sola costilla. Hombre prudente y sabio, adoptó, frente á la guerra, la bandera previsora del «laissez faire, laissez passer», equivalente al bíblico precepto de «en la duda, abstenerte». Por dentro no más, muy de por dentro, andaba en su pecho la procesión carlista. Pero él quedó en su casa y dejaba que los demás hicieran de su capa un sayo. Había en la villa muchos carlistas, pero también había liberales.

—¡Mi padre—suele decirme en justificado orgullo don José M. Otegui—era voluntario liberal!

En cambio, el mío era liberal, pero no voluntario. Trajéronle á la fuerza desde la lejana región de Intramaketa y le metieron en el regimiento de Luchana á cazar carlistas por San Marcos y Chortokieta. Hombre pacífico, bien parecido, barbirrubio, jarifo, joyante y decididor, anduvo más que á la caza de carlistas á la caza de la hija de mi abuelo. Y dicen que no paró hasta llevarla al altar de la parroquia. De ahí, en el andar del tiempo, la aparición de este cronista «Iukinkatar». No creo que los nacionalistas me cobren antipatía por esta mistura euzko-erdérica que corre por mis venas porque según Arana-Gorriar Sabini los mestizos somos los mejores machos de la raza vasca...

Decíase que la guerra sería sangrienta y larga, á juzgar por los aprestos y el número de adictos con que contaba la causa de don Carlos. Y mientras éste mataba sus ocios cortejando á las damas de las cortes europeas, aburriéndolas con su «causerie» insulsa y monocorde, sus vasallos, «sus fieles vasallos», los carlistas vascos, se echaban al monte por la Patria, por Dios y por el Rey para descuartizarse y destrozarse en una guerra que por ser entre hermanos fué doblemente criminal, guerra idiota, sin ideales, sin pizca de sentido moral y de envidia vascongada. Verdad es que no todos los carlistas lo eran por don Carlos: los había quienes buscaban su nombre y su sombra como garantía de impunidad en el estallido de los crímenes que habrían de cometerse al conjunto de los viejos odios personales recónditos y reconcentrados. Y pudo decirse del carlismo lo que se dice con razón de la masonería: «Si todos los masones no son pillos, todos los pillos están en la masonería».

Entre Miguel Arburúa y un miquelete llamado Arandía mediaban antiguos odios personales. Inofensivo y pacífico, Arburúa adoraba á Carlos Chapa porque sí. Salía una noche de una taberna de Pontica, cansado el ánimo de gases alcohólicos, y tarareando una canción entonces muy en boga:

«¡Ta gu guera!
ta gu guera!
Carlos Quirlis
Quirlis Carlos
ecarri nayeán
onerá!
¡Ta gu guera,
ta gu guera!»

que á Carlos Quirlis, á Quirlis Carlos queremos traer aquí).

Le salió al paso el miquelete Arandía, diciéndole:

—¡Alto! ¿Quién vive?
—¿Quién va á vivir, hombre?
—¡Le pregunto á usted quién vive!—replicó el miquelete.
—¿Quién va á vivir pues? ¡Carlos Chapa, hombre! ¡Carlos Chapa y... yo!
—¡Carlos Chapa va á vivir, pero tú, no!
—¿Por qué, hombre, por qué?
—¡Por esto!

Y el miquelete Arandía, sin más orden que la de su odio, sin más ley que la de la venganza, le descerrojó un tiro de escopeta. Cayó Arburúa para siempre.

Crimen brutal, cobarde é innecesario fué aquel del miquelete Arandía. Este fué traído al castillo de la Mota, prisionero; pero no bien se declaró la guerra salió de allí con ascenso. De poco había de servirle este ascenso. Por el monte andaba el hijo de Arburúa, en las partidas carlistas, después de haber jurado vengarse con el crimen del asesino de su padre. Arandía no las tenía todas consigo. Cayó herido en una zanja, se defendió hasta disparar el último cartucho, pero la partida cometió con él horrores: antes de expirar le cortaron las orejas, la nariz, y le sacaron los ojos...

¡Barbarie de la guerra carlista, borrón de nuestra historia!

Y pensar que en Rentería hubo todavía quien hizo funerales por la memoria del cura Santa Cruz!

¡Ah, bárbaros!...

En la época de la guerra, no existían ya las murallas de la villa, pero fueron clausuradas algunas bocacalles. La iglesia parroquial suspendió sus ejercicios para realizarlos en la ermita de María Magdalena, sirviendo el templo para albergue de voluntarios liberales y tropas del ejército. Desde la Casa Consistorial al templo se hizo un pasadizo subterráneo, para mejor comunicación entre autoridades y tropa. En la torre de la iglesia había sido colocado un cañón, al que custodiaban unos cuantos voluntarios. El cañón fué llevado hasta allí, escalón por escalón, a lomo de «Pachicu Zalacain», liberal empedernido y bravo. Con el cañón se anunciaban los preparativos de disparos de bombas que hacían en San Marcos las huestes de don Carlos. Sobre Rentería caían granadas a granel, causando destrozos sin utilidad para los carlistas.

Pero la villa no se entregó al carlismo.

Una de las curiosidades arqueológicas de Guipúzcoa está en Rentería: las cuevas de Landarbaso. Es inoficioso hablar de ellas por sobrado conocidas. Caben, según Gamón, 10.000 hombres dentro de las cuevas, y con dos cañones y 20 hombres—según el mismo Gamón— puede rechazarse a 100.000 hombres.

Las cuevas son visitadísimas por extranjeros.

Corre una leyenda según la cual varios caseríos de Landarbaso se declararon hace siglos en República indepen-

diente, desempeñando el papel de De Valera, y luego da presidente efectivo de la República, un anciano. Ni quito ni pongo rey en la cuestión, y como me lo contaron yo lo cuento. «Si non a vero e ben trovato». Con los vascos de aquellos tiempos, podía hacerse eso y mucho más. Lo raro sería que los vascos hicieran hoy lo que dicen que hicieron los aldeanos de Landarbaso. Por aquí se admira mucho a De Valera, pero más allá del Cantábrico. Es una gran estigie para los ultrarirreños. Que no se le ocurra venir por aquí porque sus mismos admiradores lo ajustician por sedicioso: ante todo, la tripa, y al que le caiga el sayo, que se lo ponga...

Los caseríos de Landarbaso pertenecen judicialmente a San Sebastián y eclesiásticamente a Rentería.

Y «tutti contenti».

Concluyamos esta crónica con Jaungoiko-chiki, el único asesino de verdad, el único tipo criminal que en los años ha nacido en Rentería. Llamábase «Jaungoiko-chiki» por su padre, fundador de la dinastía. Dicen que el hijo de Jaungoiko-chiki—a quien después se le conoció por tal—, era un tío de muy malas entrañas. A los 15 años dibujaba corazones atravesados por un puñal, lo que revelaba su íntima preocupación de sacudir navajas. De chico andaba perdido por las calles, hambriento y miserable. Su padre, desesperado por lo mismo, se ahorcó. Su madre pedía limosna. Todos los rechazaban, les desdeñaban, les miraban con desprecio, con frío, con horror. «Jaungoiko-chiki» se crió en la calle, frente a todo el mundo, sin que nadie le tendiera una mano protectora. Y recogió de la calle, de la sociedad, del hambre y del frío un terrible caudal de energía criminal, de odio, de insensibilidad, de accesos homicidas. Se repelía la eterna historia del medio social influyendo morbosamente sobre el chico trashumante, sin hogar, sin sol, sin pan, sin Dios que velara por él. Y se dió, primero, al robo, «en lo de» Policarpo Arocena. Después, reincidiendo en el robo. En Capuchinos, la sociedad le brinda el puñal con que ha de intentar su primer crimen contra otro obrero, Félix Istillant, a quien le dió una puñalada, sacándole las tripas. Ya estaba Jaungoiko-chiki en la pendiente del crimen y ya no habría obstáculos para él. Mata a un individuo en San Sebastián. Le llevan al penal de Ceuta. Al salir de Rentería, tres vecinos se le ríen.

«A la vuelta os voy a matar» —les amenaza Jaungoiko-chiki, dirigiéndoles una mirada pavorosa.

Los vecinos no se ríen más. Sienten los tres el escalofrío del miedo. No se dijeron nada, pero individualmente cada cual se formuló esta pregunta:

«¿Y si vuelve?»

En el penal, un carcelero castiga injustamente a un compañero de prisión de Jaungoiko-chiki.

«No te pegará más, te lo aseguro.

Y Jaungoiko-chiki hunde el puñal en el pecho del carcelero, que va rumbo al otro mundo.

Del penal, Jaungoiko-chiki, como tantos otros compañeros de prisión, es conducido en 1893 a Melilla, a combatir contra los moros que defienden, con razón, su independencia.

La guerra, que es el crimen organizado legalmente, no entusiasmó a Jaungoiko-chiki. El criminal, obligado a matar a quien nada le había hecho, no sentía deseos de matar. Tomó un partido extraño: se marchó con los moros, desertando del Ejército español. Entraba en la cuenta la suposición de su emancipación definitiva de la cárcel. No contaba con que, hecha

la paz, los moros le devolverían a España, con perjuicio para él. Fué en Marruecos asistente de Muley Hafid, que le cobró gran aprecio por lo probo y diligente. Jaungoiko-chiki vestía a usanza mora y hacía grandes servicios a los prisioneros españoles. Alguna vez se encontró con soldados vascos, que hablaban su lengua para no hacerse entender de los moros; pero Jaungoiko-chiki les hablaba en vasco... De lo que se dió en hablar de «Guipuzcoano moro». Terminada la guerra se hizo el canje de prisioneros, y Jaungoiko-chiki debía ser devuelto a España. Muley Hafid lo devolvió a condición de que al pobre «moro guipuzcoano» no le cargaran la pena, mándole, por desertor, al reino de Alá. El Gobierno español cumplió la promesa, y Jaungoiko-chiki fué conducido al penal de Cartagena.

Inquieto, ansioso de libertad, Jaungoiko-chiki huyó del penal y se vino a Rentería a pie, en una heroica jornada de 16 días, en la que hubo hambre, desesperación, anhelos de liberación definitiva. Un brusca aparición en Rentería causó profunda sensación. Los tres vecinos que se rieron al verle partir con los guardias, temblaron de terror.

«A la vuelta os voy a matar» —les había dicho.

Y Jaungoiko-chiki estaba allí, dispuesto a cumplir su palabra.

Los tres vecinos se reunieron, llevados del terror. Deliberaron. ¿Denunciarle y entregarle a la autoridad?... Sería empeorar las cosas. Algún día volvería de nuevo... ¡No, no, no! Había que buscar otra solución, y la encontraron: entre los tres vecinos formaron una bolsa de pesetas y le hablaron a Jaungoiko-chiki.

«Mira, te damos «esto» y te pagamos el pasaje para América...

Jaungoiko-chiki sintió que se le abría el mundo, por vez primera.

«Aceptado—contestó.

Y se fué a América sin proferir palabra, sin matar a nadie, sereno, tranquilo.

Los tres vecinos quedaron, por siempre, tranquilos, y Jaungoiko-chiki no dió que hablar jamás a la Policía americana. Trabajó, luchó, siguió adelante. Dicen que está en Chile, en buena posición. Eso demuestra que no era el león tan malo como lo pintaban: el medio social, el hambre, el dolor hacen de los hombres criminales. Jaungoiko-chiki fué una víctima del medio social. Las gentes viejas de la villa recuerdan su nombre con espanto. Yo le recuerdo con profunda pena y le perdono sus crímenes... No doy su nombre porque el x criminal, una vez que cambió de ambiente, cambió de conducta, purificándose en el arrepentimiento y con el trabajo. La hoja periodística es, además, como la lengua, que hace mucho bien y puede hacer mucho mal. Dar el nombre de Jaungoiko-chiki hoy que vive una vida honesta, sería, quizá, perjudicarlo ante la consideración de la parte de la sociedad en que vive. ¡No se ha dicho que los legionarios, por sólo serlo, honran su pasado, a veces criminal, con la conducta del presente?... El trabajo y la honradez son motivos tan eficientes como el de la guerra para dignificar al hombre. Jaungoiko-chiki: sigue el camino del bien, y nadie se horrorizará de tu pasado...

E. BOZAS URRUTIA.

Nota. — El lápiz certero de Martín, nuestro querido compañero, había trazado para esta crónica tres magníficos dibujos, representando el crimen del miquelete Arandía, el momento en que Jaungoiko-chiki salía preso de Rentería y cuando éste se hablaba de asistente de Muley Hafid. Pero el grabador de este periódico se encuentra ausente y no ha podido darse a la imprenta los grabados de Martín. Lo lamentamos de veras, pues éstos constituyen un verdadero acierto de interpretación.

VER LOS PRECIOS

Del inmenso surtido en crespones, tafetanes, ponches, mesalinas, puntos seda, raso impermeable e infinidad de otras clases.

Gran surtido en lanas para vestidos y abrigos. Cortes especiales para batas, desde 5'85 pesetas el corte.

PRIMERA CASA EN PELETERIA Garibay, 8. — Casa Ripollés. — Tel. 26-10

CENTRO GENERAL DE SEGUROS
Director: Tomás Carasa Torre
 REPRESENTACION DE COMPANIAS DE PRIMER ORDEN
 MARITIMOS, INCENDIOS, VIDA, ROTURA DE LUNAS, ACCIDENTES, ETC.
 AGENTE COMISARIO DE AVERIAS DE LOS COMITES DE ASEGURADORES
 MARITIMOS DE PARIS, NANTES, EL HAVRE, MARSELLA Y BURDEOS.
 Hernani, 5, 1.º—San Sebastián Tel. 406
 Dirección telefónica y telegráfica: TOCARASA